

NO HABRÁ FLORES EN LA TUMBA DEL PASADO.  
LA EXPERIENCIA DE RECONSTRUCCIÓN  
DEL MUNDO DE LOS FAMILIARES DE DESAPARECIDOS;  
de Ludmila da Silva Catela, La Plata,  
Ediciones Al Margen, 2001.

**Cristina Godoy**

Ludmila da Silva Catela, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba, nos trae en esta oportunidad la publicación de su tesis doctoral desarrollada en Río de Janeiro,<sup>1</sup> producto de una investigación de diez años, genéricamente basada en la memoria de las condiciones y métodos de desaparición de los detenidos-desaparecidos durante la última dictadura militar en la Argentina, plexo metodológicamente compuesto a partir de la desagregación de recuerdos y testimonios de familiares, amigos y compañeros. En principio, al texto le confieren forma: «La inversión del mundo»; «Rompecabezas»; «Desaparición»; «Territorios de memoria»; y por último, «Justicia y Verdad», cinco capítulos precedidos por la Introducción de la autora y el Prólogo a cargo de Elizabeth Jelin.

En un momento saludable de la historiografía argentina y extranjera en el que están proliferando espacios de diferentes perfiles atinentes al complejo tema de la memoria social, da Silva Catela, de la mano de la etnografía, realiza aquí un aporte de excelencia fundamentalmente por tres cuestiones: 1. agrega a la reconstrucción de la historia argentina denominada «reciente» despejando tabúes, 2. coloca sobre la mesa los alcances disciplinarios del estatus de la memoria «oral», 3. logra un cuidadoso trabajo de campo en el que sobresalen dos premisas indispensables a la hora de

la compaginación del relato: la multiplicidad de tiempos y el diálogo fluido entre la antropología, la historia, la iconología, la semiótica y la política.

En efecto, la totalidad del texto desde que Jelin enuncia «la gran fractura social provocada por el terrorismo de Estado...» hasta la frase de Ludmila con la que cierra el libro: «por fin, debo confesar que delinear las prácticas de los familiares de desaparecidos, las cuales en su sentido más amplio e incluso gestaron nuevas sensibilidades para articular lo individual y lo colectivo en espacios de re-invencción de la política, me hace compartir la creencia de que no habrá flores en la tumba del pasado», resulta un constructo atravesado por una narrativa sostenida, de un lado, por la intriga que aplica a la intertextualidad provocando un lector expectante, del otro, por la conjugación de los tres tiempos históricos amalgamados en el cruce de biografías individuales, trama que coagula una historia social.

En otros términos, estamos de cara a historias de vida de los que no están, historias relatadas por los que quedaron –que aún aman y extrañan a la presencia ausente– y, finalmente, una historia construida por una profesional de exquisita formación intelectual en antropología que conoce bien las oscilaciones de la objetividad cuando se trata de cruzar la función social y la teórica para no caer en el sentimentalismo valóri-

<sup>1</sup> La autora realizó su doctorado en Antropología Cultural entre 1995 y 1999 en el Instituto de Filosofía e Ciências Sociais dentro del Programa de Pos-grado en Sociología y Antropología en la

Universidade Federal de Río de Janeiro-UFRJ. Asimismo esta tesis fue seleccionada y premiada entre sus pares por la Asociación que nuclea todos los pos-gradados de Brasil.

co de historias orales vulgares que cierran camino a la explicación.

En definitiva, da Silva Catela sabe cómo circular los terrenos resbaladizos que plantea al estudioso la hermenéutica de la oralidad, para no caer en las trampas del anecdotario. ¿Cómo lo logra? Privilegió una pujante etapa previa de lecturas; supo definir con precisión las implicancias teórico-metodológicas del objeto de estudio: «las maneras en que los agentes sociales elaboran su experiencia con relación a la vivencia extrema de la detención-desaparición» (Jelin); se propuso encontrar «verdades históricas» entre los escombros circunstanciales, todo a través de la preparación muy especialmente meditada del tenor de las entrevistas, materia prima de su investigación, descartando de plano aquel entrevistado potencial que estuviera emocionalmente ligado a ella. No podía ser de otra manera, del empeño depositado en este paquete metodológico dependía el éxito de su trabajosa empresa en trasladar e integrar el plano individual cotidiano a la compaginación de una historia de la sensibilidad colectiva de la «identidad» del ¿quiénes fueron? y del ¿quiénes somos?, ligando sin tregua la memoria individual/pública y las secuelas del terror.

Philippe Ariès vuelve la mirada a la memoria designativa de una «tumba venerable que perpetuaba un recuerdo: memoria martyris. Las tumbas con epitafios y efigies son, al igual que las crónicas, monumentos

destinados a impedir que las grandes acciones, las virtudes, caigan en el olvido».<sup>2</sup> Curioso, en la Argentina el «renombre» que Ariès asimila a la perpetuidad iconográfica viene de la privación del cuerpo: el documento sobreviene una representación de esa ausencia fatídica que la violencia indiscriminada forzó a desaparecer. En el caso de los acontecimientos por demás de crueles que hemos vivido en dictadura, el testimonio deviene en un recurso memorístico de inestimable valor público para el ensamblaje de la materia historia, un modo privilegiado de introducción al pasado y sus ocurrencias traumáticas. Pero es cierto que la oralidad tampoco es inmune a la deformación por ocultación, ya sea por hiperinflación mnémica<sup>3</sup> o por el temor al pasado escondido en la palabra del testimonio.<sup>4</sup> La palabra arrastra la impresión subjetiva que el miedo<sup>5</sup> sella en la conciencia de la persona, transferencia de sensaciones y valores éticos en el interior de una colectividad en su presente y en su pasado, por ende, no encuentra enunciado donde plasmar la ansiedad de rememoración de densidad tal. Los argentinos conocemos bien el hedor de la adrenalina a través de la retórica de terror que montó la última dictadura, en tanto que la destrucción del cuerpo físico individual y la desestructuración identitaria involucran a la sociedad en su carácter de cuerpo político.

En lo que a la memoria se refiere, el pánico

<sup>2</sup> Ph. Ariès, «¿Qué nos lleva a escribir memorias?», en: *Ensayos de la memoria 1943-1983*, Bogotá, Ed. Norma, 1996.

<sup>3</sup> Claudia Feld ha desagregado el tópico en su estudio sobre los montajes televisivo-fílmicos de los testimonios recogidos en los juicios a las juntas militares. C. Feld, «El rating de la memoria en la televisión argentina», en: Nelly Richard (ed.), *Políticas y estéticas de la memoria*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2000.

<sup>4</sup> Acaba de publicarse *Ese Infierno*, escrito por cinco sobrevivientes de las «tarefas» de la ESMA.

<sup>5</sup> El «miedo», en carácter de categoría de análisis cultural y psicosociológica, no es una noción holista, sino que la capacidad de reacción individual y social asume comportamientos y respuestas disímiles según el fenómeno histórico, la época y el espacio en que se manifieste.

tiene la capacidad de hacer estallar la identidad de una sociedad, allá va el derecho a la selección que la conciencia colectiva se confiere en cuanto a la evocación de la muerte y del dolor (primera tachadura de la identidad), haciéndose cómplice mediante el olvido o desfiguración de una supresión total (en el espacio y en el tiempo) de los «rastros del sujeto».<sup>6</sup> No obstante que el trauma destroza, la autora con aquilatado oficio en los avatares del trípode recuerdo/olvido/oralidad, de participación en el proyecto Spielberg de recuperación de los 3.700 testimonios orales sobre el Holocausto –patrimonio de la colección Forturoff en la Universidad de Yale–, lee en No habrá flores en la tumba del pasado las entrelíneas de los vericuetos del discurso y del enigma de la imagen con sagacidad suficiente para la decodificación.

En «La inversión del mundo», estudia cómo un mundo familiar se va transvirtiéndose; en «Rompecabezas», recalca en el lenguaje de la vida cotidiana de los detenidos-desaparecidos y la repercusión y transformación sufridas por la cotidianeidad de los que quedaron; en «Desaparición», ausculta la significatividad plural de la noción de «desaparecido/a», para sustraerla de connotaciones habituales al sentido común; en «Territorios de la memoria», explora las huellas materiales del recuerdo; y en «Verdad y Justicia», surca sin concesiones una relación conflictiva y epidérmica, en particular para la sensibilidad colectiva argentina atendiendo a las deudas que ambas esferas de la eticidad han venido acumulando respecto de la ausencia sin tumba.

Sin duda, que desde el amplio campo disciplinar una arista interesante de la comunicación entre antropología e historia es el entramado del ritmo disímil de los tempos combinados en un estudio determinado. En este sentido, en el texto primero se perciben los tiempos de la propia autora respecto de su compromiso social para con el presente y el pasado y con su propia profesión. El otro tiempo relevante es el del desaparecido, tiempo que más allá de la posibilidad de medirlo cronológicamente ha alcanzado el nivel de lo simbólico en el imaginario colectivo del antes y del después. En otro extremo, el tiempo del pariente, del compañero sobreviviente, del amigo, en relación a la falta del cuerpo, totalidad inherente a la universalidad cuya «desaparición», cuya fuga de la tangibilidad provoca reacciones culturales muy diferentes según el mapa y el tiempo. Pero el otro aspecto de la temporalidad está dado no precisamente por Catela sino por la agilidad de la entrevista, de la vitalidad del recuerdo, de la vigencia del dolor, de la catarsis de los que quedaron para revivir a los que no están físicamente, vale decir, de formas de reminiscencia real y nominal que pueblan el estudio, modulaciones totalmente independientes a cualquier voluntad. Las procedencias y perspectivas ideológicas, vivencias personales, apreciaciones y actitudes frente a la vida y a la muerte transmitidas por los diferentes entrevistados van tejiendo los tiempos plurales que nutren la trama del relato que intercala cual solapas la historia de los vivos y la de los muertos: la multiplicación y la «desmultiplicación» causal con que el tiempo transcurrido corroe en

<sup>6</sup> Nelly Richard analiza la experiencia chilena, «La cita de la violencia: convulsiones del sentido y rutinas oficiales», en: *Punto de Vista*, N° 69, Buenos Aires, abril, 1999.

los avatares de una democracia anémica devaluada la valoración de esa «desaparición» (mártir). El otro conglomerado temporal que llama la atención en esta tesis es el generacional, tiempo intergeneracional en lo que atañe a la «identidad», en este registro para la autora intervienen en la investigación 3 generaciones: 1. la de los años '70, 2. la de los padres y 3. la generación de los hijos. Más allá aún, el tiempo del lector, lector que se va sumergiendo en una mnémesis resignificada en la prolija compaginación de la autora jugando permanentemente con el columpio del presente y del pasado. Por último, da Silva Catela propone una periodización no necesariamente ordenada cronológicamente pero efectiva para la comprensión y protagonismo del receptor en carácter de interlocutor: «resaltar dos movimientos contrapuestos: el primero de desagregación, desintegración (cap. 1 y 2) y el segundo de ajustes, arreglos sociales y recreación de basamentos y referencias culturales primordiales (cap. 3, 4 y 5)».

Para cerrar, anotamos que los ajustes de una lente microanalítica a las variables intervinientes en el repertorio de historias de vida/desaparición del libro de da Silva Catela resultan un homenaje de los vivos para con los muertos, víctimas del terrorismo de Estado. ¿Cuánto quedó del nosotros social en este desquicio? ¿Cuánta responsabilidad compartimos? Los testimonios de los vivos son migromantes de un pasado absolutamente presente en nosotros a través de prácticas políticas actuales que desvirtúan el significado de un Estado de derecho: ¿secuelas del recuerdo ignorado, olvidado, esquivado? Recalando en el terreno del intercambio generacional, tal vez No habrá flores en la tumba del pasado resulte de lectura indispensable para las generaciones jóvenes que se acercarán al problema a través de una dinámica enérgica (fotografías, cartas, poemas, páginas en internet, etc.) desusada en textos que lidian con el dolor público-político.